

LETRAS AL MARGEN

LA TRAICIÓN AL DESTINO

♦ EDUARDO ANTONIO PARRA

Cuando se habla de *pecado*, de inmediato uno se remite a la vida religiosa donde el significado de esta palabra tiene que ver con normas de orden moral, o bien del alejamiento de la vida del hombre del camino trazado por Dios según las escrituras. Esto según nuestra cultura actual, que aún permanece inmersa en el ámbito espiritual del cristianismo. No obstante, tanto en los textos bíblicos más remotos como en la lengua de los griegos antiguos, la palabra poseía una connotación un tanto menos religiosa, de transgresión moral, y más de responsabilidad con uno mismo, con nuestra vocación o con nuestro destino, ya que significaba tan sólo un simple fallo —al grado de que el término se usaba para señalar que la flecha de un arquero, por ejemplo, no había dado en el blanco—, si bien se afirmaba asimismo que esa “falla” era capaz de perjudicar nuestro espíritu al grado de hundirnos en la postración.

No estoy muy seguro de cuál de estas acepciones es a la que se refiere Hugo Valdés en el título de su más reciente novela, *Breve teoría del pecado*, pues en el interior de las páginas en ningún instante se menciona la palabra —lo que deja un amplio margen de ambigüedad para su interpretación, enriqueciéndola de antemano—; y aunque tampoco hay en ellas ni una sola alusión a cuestiones religiosas, el relato narra una serie de situaciones y sucesos que muestran el destino trunco, o desviado, de los personajes principales, así como sus consecuentes frustraciones, depresiones, sufrimientos y soledades, lo que

podría encajar muy bien en ambos significados. Estamos, pues, ante una novela cuya primera tendencia es la crítica moral, no obstante que a lo largo de su desarrollo aborda otros muchos temas con diferentes niveles de hondura. Sí, una narración breve —no alcanza las 150 páginas de extensión— enfocada a la crítica moral... ¿Pero hacia quién o qué dirige este examen? ¿Hacia los tres seres particulares que actúan como protagonistas? ¿Hacia los usos y costumbres de una urbe, que en este caso no es otra que Monterrey? ¿O —abriendo un panorama más amplio— hacia el modo de pensar y actuar del hombre contemporáneo?

Narrada desde tres puntos de vista distintos que se superponen en capas tanto de perspectiva como



ESTAMOS, PUES, ANTE UNA NOVELA CUYA PRIMERA TENDENCIA ES LA CRÍTICA MORAL, NO OBSTANTE QUE A LO LARGO DE SU DESARROLLO ABORDA OTROS MUCHOS TEMAS CON DIFERENTES NIVELES DE HONDURA.

temporales para ofrecer una visión completa, integral, de los hechos, *Breve teoría del pecado* deja claro desde el principio que nos hallamos ante una historia casi exclusivamente masculina, donde las acciones son llevadas a cabo por hombres; pues, aunque en ciertas escenas aparezcan mujeres, éstas reducen su papel al de simple decorado o, cuando más, a actuar de detonantes para la reacción de los varones. Una novela masculina, con sus infaltables desplantes de machismo, que en este caso no se ejerce sobre el sexo femenino, sino entre los mismos hombres que no dejan de observarse, estudiarse y competir entre sí. Quizá por ello no resulta extraño que ya en las páginas iniciales se hable de depredadores, de máscaras rituales cotidianas y de los tamaños necesarios para imponerse sobre los otros y, de ser posible, aplastarlos, igual que si se tratara del comportamiento de los miembros de una tribu que se interna en la selva a cazar y a guerrear con otros (aunque aquí la selva sea de concreto y se ubique en una de las ciudades más modernas de nuestro país).

Los tres protagonistas están relacionados al trabajar en la misma empresa, si bien en niveles muy distintos: Mario Milmo es el dueño, descendiente de una de las familias más acaudaladas de la urbe desde las postrimerías del siglo XIX, empresario depredador

acostumbrado a ser obedecido sin titubeos, a acrecentar su fortuna arrebatándole las oportunidades a sus competidores y a tratar a los demás, sean quienes sean, como sus subordinados; Patricio, consejero y empleado de confianza de Milmo, escritor en ciernes que abandonó la vocación y cambió el rumbo de su existencia por amor al dinero; y Gilberto García, empleado medio de la empresa, empeñoso y responsable, atrapado en un matrimonio infeliz con una mujer en extremo dominante y voluntariosa. Con este trío, Hugo Valdés reproduce, a escala, el paisaje de las diversas capas sociales de Monterrey y pone en funcionamiento el engranaje de su relato, que inicia con un acto común en cualquier ámbito empresarial: Mario Milmo, el dueño, le ordena a Patricio que se encargue de correr a Gilberto García de la empresa. Así, el argumento parte de uno de los sucesos más cotidianos, pero que para la mayoría de la gente implica una tragedia considerable: quedarse sin trabajo de la noche a la mañana.

Tal vez se deba a esta situación trágica inicial que Gilberto García se convierta en el personaje más interesante y acabado de los tres protagonistas, pues su despido de la empresa lo empuja hacia una huida constante —de la oficina, de su casa familiar, de su esposa, del barrio y hasta de sí mismo—, mientras

que Mario Milmo, el empresario que detenta el poder sobre vidas y haciendas, permanece fiel a sí mismo durante el transcurso de las páginas, y Patricio, aunque nos entere de su vida y amores, actúa más como una suerte de testigo analítico de los acontecimientos que como un ser que influye en ellos. A Gilberto García lo vemos desde el principio sometido por sus patrones y por su mujer, que también es para él como una patrona, para después dejarse ir en una caída libre sin fin hasta perderse en los oscuros meandros de la locura y la degradación total.

Sin dejar nunca de narrar, de contarnos periplos por la ciudad y pensamientos y recuerdos de los personajes, Hugo Valdés profundiza poco a poco en la caracterización de los personajes, hasta dejarnos, en el caso de Mario Milmo, un retrato literario de tres dimensiones del empresario regiomontano, siempre con las uñas listas para arañar las ganancias, haciendo uso de su habitual derecho de pernada sobre las empleadas más atractivas de la empresa, ausente día a día de la casa donde lo espera su “legítima consorte”, obediente, silenciosa y ocupada en obras pías; con esa mentalidad clara y precisa que tan sólo se inclina hacia el dinero y el ejercicio del poder. En el caso de Patricio, el retrato se aboca a mostrarnos la frustración artística de un escritor inmerso en el mundo de las empresas; frustración, aunque un tanto paliada por el elevado sueldo y la vida sin sobresaltos, que se evidencia en la soledad del personaje cuando, con un trago en la mano, repasa su existencia como si tratara de ubicar el momento

exacto en el que perdió el rumbo de su destino. Y en el caso de Gilberto García, los recursos literarios y el talento verbal del autor se enfocan en ilustrarnos sobre la vida inútil y vacía de quienes, a pesar de no situarse en el fondo del espectro social, pertenecen a la categoría de “los de abajo” y, debido a su vulnerabilidad, pueden ser arrollados por los de arriba en cualquier instante.

Pero esta no es una novela centrada tan sólo en los avatares de la vida empresarial regiomontana. Es más bien un relato que, a la vez que desmenuza con minuciosidad los modos y las relaciones sociales de una metrópolis posmoderna, también captura su paisaje urbano y humano capítulo a capítulo, con el fin de presentar al lector un fresco lleno de claroscuros, de contrastes, de matices, en los que se pueden advertir los latidos de la ciudad, sus evoluciones, su crecimiento omnívoro, hasta dar fe de una existencia colectiva que podría desenvolverse en cualquier parte del mundo. Es por ello que Hugo Valdés, a través de la mirada y la voz de Patricio, hace un rápido repaso de la vida cultural de Monterrey, ilustrando las enormes dificultades que representa dedicarse al arte y a la literatura en un sitio donde nadie parece prestar atención a otra cosa que no sea el dinero, donde ser escritor, pintor, músico o filósofo es casi un acto heroico, y donde la mayoría de los “tocados” por la vocación y el talento deben dedicarse a otra cosa para poder sobrevivir.

Novela psicológica también y hasta cierto punto, *Breve teoría del pecado* llega a su etapa culminante cuando Gilberto García, tras haber huido de casa para instalarse en un motel de barrio, comienza a sufrir alucinaciones, primero gozosas —como al descubrir, según él, que posee el poder de crear espacios de silencio a su alrededor—, después angustiantes, cuando comienza a sufrir accesos de delirio de persecución, de paranoia constante, de psicosis, hasta concluir en

camino de los infiernos personales, los infiernos más íntimos, que son los del pensamiento.

Llena de reflexiones existenciales, de escenas que exponen de modo descarnado la vida en una urbe como Monterrey, de situaciones humanas que sólo en apariencia lucen cotidianas y normales pero en el fondo son terribles y trágicas, en fin, llena de esa crítica moral que no califica sino tan sólo expone, *Breve teoría del pecado* es una novela donde Hugo Valdés pone en juego

su visión particular de la vida actual, su larga experiencia como narrador y su enorme versatilidad de lenguaje, todo ello con el propósito de lanzar al aire una petición de ayuda para rescatar el humanismo cada vez más escaso en el mundo moderno, y detectar dónde reside ese pecado al que alude en el título: si en el abuso sobre los demás, en la indiferencia egoísta ante las desgracias ajenas, en

la ambición desmedida, en el desvío de los propios anhelos, en la falta de fuerza para resistir las adversidades, o en la traición al propio destino. Al terminar de recorrer sus páginas, acaso los lectores lleguen a la conclusión de que la esencia del pecado no reside en una actitud, ni en un acto concreto, sino en algo más simple, automático y fatal: en el hecho de haber nacido y existir en la época contemporánea. ●



un quiebre mental que lleva al personaje a enrolarse con un grupo de teporochos del que, para no detener su caída libre, al final también es expulsado. Es en esta paulatina descripción del proceso de la locura donde el autor se nos revela como un observador atento de la naturaleza humana, es aquí donde vemos su escalpelo entrar hasta el fondo del espíritu del personaje sin ningún reparo y sin ambages, para guiarnos con mano firme por el